

Juan Tovar

# Del alma

en memoria de  
Ignacio Ibarra Mazari  
(1920-1976)

Una novela de Georges Simenon, *Le Petit Saint* (1965), ocupa entre las muchas otras un lugar especial, que el epígrafe señala: "Por fin... Ya lo he escrito", dice, implicando que ni el más prolífico de los grandes narradores contemporáneos dejó de pasarse sus horas frente a la página en blanco. Adentrados en el libro, bien podríamos preguntarnos dónde estuvo la dificultad; pues nos vemos inmersos en un ambiente de los que el autor sabe crear con maestría: un sórdido mundo de miseria y promiscuidad en el cual crece nuestro protagonista, un niño candoroso. Bien podríamos, también, pronosticar que el tema de la historia será la pérdida de la inocencia, la transformación del candor en alguna compleja perversión que conduzca, con toda probabilidad, al crimen.

Eso habría sido fácil para Simenon; lo difícil, como al cabo nos percatamos, fue narrar lo contrario: la conservación de la natural inocencia en medio del tumulto de la experiencia, la reafirmación del candor a través del arte. La novela viene a ser, a fin de cuentas, la biografía de un pintor que bien pudo haber existido y que en la última página, ya como viejo maestro, responde a la pregunta de qué imagen daría de sí mismo: "La de un niño."

Por una de las cosas que tiene la sincronicidad, leí este libro poco antes de releer, con miras a la presen-

te nota, *El barandal y los gatos* (1961), de mi maestro Ignacio Ibarra Mazari. He sentido entonces que este otro libro narra en esencia la misma historia, de muy distinta manera y sólo hasta la mitad.

El tono, aquí, es de evocación, con acentos elegíacos que suenan ya en el subtítulo: "episodios fortuitos de una infancia difunta". Se narra el paulatino descubrimiento del mundo por parte de otro niño sensible y candoroso, cuyo mundo no es para nada tan inhóspito como el del Santito, pero tampoco deja de ser cruel. Un recur-

so frecuente en los episodios es el desenlace irónico, el paso del encanto al desencanto, y el clímax de todo el libro es la muerte de una hermanita —también el Santito pasó por eso—, que destruye la mayor ilusión de todas.

Hay dos episodios más. En el primero, el niño descubre la música de Beethoven y encuentra en ella alivio para su angustia; en el segundo, entra a la escuela y, con ello, se interna en un laberinto interminable. "Y no quiero salir de él —dice—, porque sé que en la puerta del fondo está la muerte



**Novedad**  
**FONDO DE**  
**CULTURA**  
**ECONÓMICA**



*Ignacio Manuel*  
*Altamirano*  
**ICONOGRAFÍA**



**Prólogo de José**  
**Luis Martínez**

Investigación iconográfica,  
antología, introducción y  
notas de **Catalina Sierra**  
y **Cristina Darros**

**De venta en librerías**



GOBIERNO CONSTITUCIONAL  
DEL ESTADO DE GUERRERO

esperando que se abata a sus plantas mi fatiga, después de un inquieto correr, preguntar, y aprender, y olvidar...”

Esta enumeración final vendría a sintetizar lo que, en la novela de Simenon, merece una segunda parte: el desarrollo del artista que en esa infancia se gestara. Porque, también en este caso, el arte es una manera de seguir siendo niño, de conservar la inocencia por más que la experiencia abrume, de mirar las cosas con candor y candorosamente representarlas, para que el prójimo las redescubra.

Ignacio Ibarra Mazari no fue un escritor prolífico; lo mejor de su esfuerzo lo dedicó al teatro. Pero sólo su gran modestia explica que no computara, en sus últimos años, una segunda serie de recuerdos: episodios de una carrera teatral en un medio poco propicio, en ese terreno, para algo más que los chistes manidos y las declamaciones anquilosadas.

Y lo que él se proponía era mucho más. Buscaba la verdad teatral, la verdad humana, la restauración del teatro como fuerza viva en una sociedad cuyos pilares lo preferían muerto y disecado. Hizo suya la frase de Usigli: “Un pueblo sin teatro es un pueblo sin verdad”, creó casi de la nada el Teatro Universitario, y fue una voz clamando en el desierto, despertando conciencias.

—Quién nos manda amar el arte en tierra de mochos— dijo alguien, alguna vez, en la librería del maestro, un grato oasis para los lectores de literatura, que en la Puebla de los Ángeles pasábamos bastante sed.

Fue allí, en la Librería Fedón, donde conocí a Ignacio en persona, por así decirlo, ya que antes de eso había visto la *Antígona* de Anouilh con la que inauguró su local en la Universidad. Había sido para mí una revelación, como lo fue también aquella librería donde ninguna cara de “si no compra no mallugue” impedía examinar los libros y, más aún, se invitaba a hojearlos y se conversaba acerca de ellos: eran más que una mercancía; eran lo que eran (lo que son) para

uno en la intimidad, amigos tratados con respeto y confianza. Me hice asiduo del lugar y un día, venciendo la vergüenza de mi preparatoriana incultura, me animé a preguntar el sentido de su nombre.

—Fedón, o del alma— dijo el maestro Nacho—. Es el título de un diálogo de Platón.

Que no llegué a leer sino hasta muchos años después, y que no deja de venir a cuento. En él, como se recordará, Sócrates se despide de sus amigos antes de beber la cicuta, y demuestra la inmortalidad del alma, la inexistencia de la muerte, para luego hundirse en ella con impecable serenidad.

Me resulta inevitable leer ahí, ahora, la aspiración de mi maestro: vencer por el arte a la muerte antes de arribar a la “puerta del fondo” de su laberinto. ¿Qué es, en efecto, su labor teatral, sino una lucha incansable contra la muerte en el alma de su comunidad?

El desenlace de esa lucha, como el de varios episodios de *El barandal y los gatos*, está hecho de ironía y desencanto. El poder en la Universidad pasa a manos progresistas... y resulta que el progreso consiste, por ejemplo, en dismantelar el Teatro Universitario, presumiblemente para convertir el local en salón de asambleas.

Pocos años sobrevivió Ignacio a ese golpe que lo privó del sustento esencial de su existencia de artista. Acaso fue por esa razón por la que se abstuvo de escribir sus memorias teatrales. Mal habría podido, después de apurar la cicuta, escribirlas sin amargura, sin traicionar al niño que había logrado ser siendo.

Así permanecerá en el recuerdo de los que lo conocimos y lo quisimos, de los que admiramos sus puestas en escena y alguna vez participamos en ellas, y también de quienes sólo conozcan sus pocos escritos, vestigios inconfundibles de un alma bella que siempre supo hallar en el mundo “una poquita de bondad, de ternura, de poesía...” ◇